



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECATO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13447

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Redacción y Administración: Mayor, 24

CONDICIONES

SABADO 15 DE SEPTIEMBRE DE 1906

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Política Internacional

Japón y China

Hasta hace poco tiempo Japón y China habían vivido detestándose, y los europeos atizaban el fuego de esa querencia, á fin de avivarlo. Se ha visto á Rusia servirse de China para atacar al Japón de Corea, mientras se instalaba en Vladivostok, Puer- to Arturo y Dalny y ocupaba la Man- churia. Pero una de las consecuencias, la más importante para el mundo, de la derrota de los rusos en Ex- tremo Oriente, ha sido una aproxima- ción entre los dos pueblos que se man- tienen alejados por odios tradicionales. Japón y China se hallan ahora ligadas por una amistad—acaso un tanto for- zada por parte de la segunda, pero así efectiva—tanto más estrecha cuanto que se basa en la identidad de intereses y en la comunidad de senti- mientos hacia los extranjeros occiden- tes.

Comprendido China, escarmentado en cabeza ajena y mirándose en el espejo de su antigua rival, que su debilidad procedía del empeño en man- tenerse alejada de la civilización de Occidente. Aprovechándose de las de- bilitaciones que le causó el Japón hace algu- nos años y de las nuevas victorias ob- tenidas también por el Japón contra Rusia, está creando un ejército que aspira á ser el más numeroso de todos, y se constituye tomando por punto de partida la organización de las tropas europeas. Tampoco dejará de crear ul- timamente una flota militar formidable para que los habitantes de sus costas estén protegidos por artilleros completos. Para esta empresa de reorganización la moderna China ha aceptado el concurso del Japón: son japoneses los instructores mi- litares que emplean los gobernadores ó viceroyes de las grandes provincias, y su número va aumentando á medida que entre las masas de la población se generaliza el deseo de resistir al Occi- dente.

Al propio tiempo se está operando

en dichas masas una revolución intel- lectual. Hasta hace muy poco tiempo eran radicalmente hostiles al oficio de las armas, y rebeldes hasta el desprec- cio hacia el concepto del militarismo tal como se entiende en las naciones civilizadas; pero han visto que por haber imitado á esas naciones el Japón ha vencido primero á China y después á Rusia, y es tratado de igual á igual por las potencias que imponen la ley al mundo. Eso ha bastado para que se transforme radicalmente el concepto del patriotismo entre los chinos y para que éstos, desechando viejos prejuicios, imiten á sus vecinos para descartar la dominación y hasta la influencia de «los diablos de Occidente», que duran- tes tres siglos les han hecho sufrir tan- tas humillaciones. Existe la creencia de que el chino es incapaz de ser un buen soldado, pero este aserto lo des- mienten oficiales ingleses, franceses y alemanes que han pasado algunos años en aquel país.

El soldado chino—dicen—obedece ciegamente á sus jefes, es un modelo de sobriedad y de resistencia y desprecia la muerte, aun más que los mismos ja- poneses; para ser un soldado completo sólo le falta estar militarmente bien instruido y tener buenos jefes. El día, añaden, en que China, después de haber entrado resueltamente en el cami- no de la organización militar á la mo- derna, empiece á obtener los resulta- dos de su iniciativa, tendrá ejércitos tanto más sólidos y fuertes cuanto que sobre ser su población enorme, los chi- nos son más altos, más recios y no me- nos inteligentes que los japoneses.

Estos lo saben y si ofrecen su con- curso á la empresa magna de la reno- vación de China, es que cuentan con ella para implantar en Extremo Orien- te una nueva doctrina de Monroe. Se- rá puramente negativa durante algún tiempo, como lo ha sido la de la Unión Americana en un principio, pero llega- do el caso se convertirá en una idea activa; y nuestros nietos, quizás nues- tros hijos, verán su aplicación en el Ex- tremo Oriente, á costa de Francia, po- sedora de la Indochina, y de los Esta-

dos Unidos, poseedores de Filipinas, como nosotros la hemos visto en el continente americano á costa de Es- paña.

Quisicosas gramaticales

Antiguas afecciones y circunstancias de la vida, lleváronme á estos estu- dios, no tan áridos como generalmen- te se cree.

Respetuoso siempre con las corpora- ciones de sabios y con las obras que producen, creo que la Academia tiene autoridad bastante para dar normas en lo que á gramática se refiere.

Mas... es el caso, que hay gentes atrevidas que ponen en tela de juicio la referida autoridad, negándole poder para dictar reglas.

Fúndanse los osados impugnado- res en el hecho, por desgracia frecuen- te, de que la reunión de sabios ó de notabilidades suele dar frutos medianos, cuando no malos, peores siempre que los producidos por un individuo solo, aunque no llegue á la categoría de «inmortal».

Si, es cierto; pero... ¿y qué?

Añaden los discolos que los libros se hacen rutinariamente, limitándose á copiar unas ediciones lo que dicen las anteriores, sin preocuparse lo más mínimo de ver si hay que reformar, añadir ó quitar.

Es verdad. ¿Y qué?

Créame los irrespetuosos: Si la Academia quisiera, bien «fijarla» y re- formarla cuanto mequeter fuera, que mimbres y tiempo no le faltan.

Agregan que muchas reglas en la práctica no dan el resultado que se espera.

Fácil es, y aún creo que en algunos puntos concretos no sé á qué atenerme.

Los aumentativos y diminutivos, por ejemplo.

Dice la regla: Los aumentativos se forman con los sufijos on, azo, ole.

Así de caña se forman cañón, caña- zo, cañote.

Verdad es que cañón es muy distin- to de caña, y cañote ó gañote es otra cosa; pero eso no le hace.

De capa, tenemos: capón, capazo, capote.

Cierto es que un capón no tiene na- da que ver con una capa; capazo tam- poco y capote es muy distinto; pón- galos en femenino el lector y hallará capona, capaza, capota, que también se separan bastante.

Pero es una casualidad.

Que faldón es una falda pequeña; cordón, una cuerda pequeña; plumón, la pluma pequeña y fina.

¡Casualidades!

Ratón y cañamón tampoco son au- mentativos; pero, consuélese, porque cartón, bodegón, velón, dicen que nunca lo fueron.

Yo me extraña que los incrédulos lo nieguen todo; se atreven á decir que ratón y pelón no aumentan nada. Y aun creo que llevan razón.

Apliquen el sufijo ole, y tendrán el aumento. Un olor á guiso que sale de un zaquizamí, dice á grito pelado que no le confundan con un gran guiso ni crean que es un guiso grande.

No le falta razón; porque amigo te nunca fué amigo grande, ni mucho menos un gran amigo.

Tampoco lo son calvete, cascote, capirote. Pero usen el sufijo azo y les colmará las medidas.

Vinazo no es precisamente un vino grande; pero tampoco es un gran vi- no; y váyase lo otro por lo uno. Casi creo que sería útil que la Academia aclarara esto y pulverizara á sus de- tractores.

Hay otras autoridades gramaticales que ilustran el asunto con notas y ejemplos que no dejan lugar á dudas.

«Los en azo sirven también para marcar el golpe dado con un instru- mento, como bastonazo, cañonazo...»

Bien claro está: Cañonazo no es au- mentativo, como creen algunos, sino un golpe de cañón.

Menudo golpe de bataca (alias bata- cazo) se llevaría quien lo creyera.

Dígame los apreciables delinido- res: fogonazo, ¿será un golpe de fo- gón?

Ya sé que hay quien cree que sabla- zo es aumentativo, aunque todos sa- bemos que «disminuye» el peculio de la víctima.

Y pregunto: El empleado á quien un ministro deja cesante de un plumazo, caso tan frecuente, ¿creerá que es aumentativo el referido vocablo?

Lo será el jicarazo que algunas d^{as} mas cariñosas propinan á sus consor- tes ó sinortos para «disminuir» la du- ración de su yugo?

¿Cómo explicarse, admitiendo que los en azo «marquen el golpe dado con un instrumento», que dos individuos anden á trompazos, no siendo más-icos ni elefantes?

«El sufijo in forma diminutivo».

Sí, es verdad.

Parlanchín, el que habla mucho; andarín, el que anda mucho; saltarín, danzarín, bailarín, etc.

¿Que no se entere el mallorquín de que es un diminutivo? Por más que quizá convenga que se entere y refor- me la gramática, ó nos deje en paz.

Hojérame bastante que, quien lo sepa me explique por qué lobozno, torrezno, viborézno, ballenato, equi- licho, renacuajo, son diminutivos, sin echar mano de ilo, illo, nelo, y por qué no decimos hobillo, torrito, vi- boruelo, ballenito aguilillo, renacu- lo.

¿Qué sufijo se emplea para formar los diminutivos de Francisco, cuando decimos: Paco, Faico, Frusco, Curro, Corro, Facorro, Quico, Dazcho y otros?

¿Cómo de Gertrudis decimos Tula; de María Jesús, Chucha? ¿Por qué Lolo es diminutivo de Manuel y Lola de Dolores?

Todo esto lo debe saber la Acade- mia y si no le ha dicho será porque no haya querido.

Pero yo creo que conforme con mi deseo, lo resolverá, anonadando así á sus impugnadores y robusteciendo la fe de los que la creemos á pies jun- tillas.

A. Pérez Pimentel.

CUARTILLAS SUELTAS CONTRA EL DUELO

El presidente de la Liga contra el duelo, señor Barón de Albi, ha diri- gido al jefe del Gobierno una enérgica protesta, sobre los dos sucesos ocurri- dos en pocos días, y pidió que se cas- tigen y repriman esos actos que cali- fica de salvajes, reclamando que los

la guerra como los otros esclavos de aqué. El habla di- cido á Nay:

—Préfiero la muerte antes de ir á combatir contra po- blos que fueron aliados de mi padre.

Ella, en vespas de marchar las tropas, dió á su aman- te, sin que él lo echase de ver, una bebida en la cual ha- bía dezumado una planta esoporifera; y el hijo de O. así quedó así imposibilitado para marchar, pues que perma- neció por varios días dominado de un sueño invencible, el cual interrumpía Nay á voluntad, derramándole en los labios un aceite aromático y vivificante.

Después de la guerra por los ingleses á Say Tuto Kuamina, Sinar se presentó á Magmahú para de- cirle:

—Llévame contigo á las batallas: yo combatiré: á tu lado contra los blancos; te prometo que meeceré comer corazones enyo asados por los sacerdotes, y que traeré en el cuello collares de dientes de los hombres rubios.

Nay le dió bálsamos preciosos para curar heridas; y poniéndole plumas sagradas en el penacho de su amante, roció con lágrimas el ébano de aquel pecho que ella ac- baba de ungir con odorífico aceite y polvos de oro.

En la sangrienta jornada en que los jefes achanteas, envidiosos de la gloria de Magmahú, le impidieron al-

Al decir estas últimas palabras levantó el ancho manto de piel de pantera que lo cubría de los hombros, y bajo él brillaron las culatas de dos pistolas y la garrucha de un sable turco ceñido con un chal rojo de Zerbi.

Sinar, de rodillas, cubrió de besos los pies de Nay y le dio los dientes sobre el mullido plumaje del avestruz, y esto ha- bla cariñoso con el piec los vistosos ropajes de su seño- ra.

Muda y absorta ella, al oír las amorosas y tremendas palabras del esclavo, reclinó al fin sobre su regazo la be- lla cabeza de Sinar diciéndole:

—Tú no quieres ser ingrato conmigo, y dices que me amas y que me llevas á ser reina en tu patria: yo no de- bo ser ingrata con mi padre, que me amó antes que tú, y á quien mi fuga causaría la desesperación y la muerte. Espera y partiremos juntos con su consentimiento; espe- ra, Sinar, que yo te amo.

Y Sinar se estremeció al sentir sobre su frente los ar- dientes labios de Nay.

Días y días corrieron, y Sinar esperaba porque en su es- clavitud era feliz.

Salió Magmahú á campaña contra la tribu insurrec- cionada por Macharty, y Sinar no acompañó á su señor

Pasada la corta paz conseguida con el vencimiento de Macharty, pues los ingleses, con ejército propio ya, ame- nazaban á los Achantis, todas las fuerzas del reino salie- ron á campaña.

Empeñada la batalla, pocas horas bastaron á convencer á los ingleses de la insuficiencia de sus mortíferas armas contra el valor de los africanos. Indecisa aun la victoria, Magmahú, reapluéndole de oro, y terrible en su furor, recorría las huestes animándolas con su intrepidez, y su voz dominaba el estruendo de las baterías artilladas. Pe- ro en vano envió repetidas órdenes á los jefes de las re- servas para que entrasen en combate atacando el flanco más debilitado á los invasores. La noche interrumpió la lucha; y cuando á la primera luz del siguiente día pasó revista Magmahú á sus tropas, diezadas por la muerte y la desertión y acobardadas por los jefes que impidieron la victoria, comprendió que iba á ser vencido, y se prepa- ró para luchar y morir. El rey, que hoy en tales terri- bles momentos al campo de sus huestes, las vió y pidió la paz. Los ingleses la concedieron y celebraron tratos con Say Tuto Kuamina. Desde aquel día perdió Magmahú el favor de su rey.

Irritado el valiente jefe con la injusta conducta del monarca, y no queriendo dar á sus émulos el placer de

